

A la memoria de Andreu Nin

«Aníbal, tú sabes ganar la batalla; lo que no sabes es hacer uso de tu victoria».
Tito Livio, Libro XXII.

El trotskismo en España presenta una serie de características que sitúan su historia aparte de la del resto de este movimiento internacional. En España, se incluían entre los líderes del trotskismo importantes personalidades políticas, que anteriormente habían sido responsables de la formación del Partido Comunista oficial en el país. Los trotskistas fueron, además, la única sección del movimiento internacional que demostró tener un nivel intelectual comparable al del propio Trotsky -sirvan de ejemplo los nombres de Andreu Nin, Juan Andrade, Manuel Fernández Grandizo (G. Munis), Ignacio Iglesias y tantos otros-. Por último, y lo más importante, España estaba destinada a ser el único país en el que, en los años finales de la vida de Trotsky, sus partidarios tendrían la oportunidad de participar en una gran convulsión revolucionaria: los trotskistas tuvieron un destacado y trágico papel en la revolución española de 1930-39. En los últimos años, ello ha suscitado un cierto interés académico. La vida y la muerte de Nin, la actividad de los trotskistas antes del alzamiento militar de 1936, o su impresionante insurrección antistalinista de mayo de 1937 en Barcelona, se han convertido en cuestiones de gran importancia dentro de la historiografía sobre la guerra civil española. Mientras que *Homenaje a Cataluña*, la obra de George Orwell, va ascendiendo a la categoría de un clásico de la literatura política del siglo XX en lengua inglesa, y mientras se siguen leyendo los estudios sobre la guerra civil española de Gerald Brenan, Burnett Bolloten, Stanley G. Payne y Pierre Broué y Emile Témime -todos los cuales tratan la cuestión de los trotskistas españoles-, como fuentes académicas de primer orden, las publicaciones y las obras editadas en España tras la muerte de Franco, tanto las académicas como las «políticas» -sirva de ejemplo el trabajo de Pelai Pagés y Francesc Bonamusa-, han aportado nuevas perspectivas a los hechos.

En febrero de 1936, el gobierno de la II República española convocó elecciones generales. A cambio de la inclusión del dirigente del partido Joaquín Maurín como candidato (victorioso) a las Cortes por Barcelona, el Partido Obrero Unificado Marxista -creado recientemente por la fusión de Izquierda Comunista Española, de carácter trotskista y dirigida por Nin (nacido en El Vendrell en 1882), y del «maurinista» Bloc Obrer i Camperol- había firmado la plataforma electoral del Frente Popular (FP), una coalición de la que formaban parte el PSOE, el PC oficial, los partidos republicanos burgueses y algunos anarcosindicalistas disidentes. Esta decisión provocó la última de una serie de duras críticas que León Trotsky dirigió al POUM, ya que el programa del FP renunciaba abiertamente a las reivindicaciones revolucionarias propuestas por los socialistas, con lo que se demostraba claramente, en opinión del viejo bolchevique exiliado, que los republicanos burgueses eran los auténticos líderes del Frente. Sin embargo, la plataforma electoral incluía la concesión de una amnistía para aquellos que hubieran sido encarcelados por el gobierno después del intento revolucionario de 1934, y la vuelta a sus empleos de aquellos que habían perdido su trabajo en represalia por su participación en dicha insurrección. La promesa de amnistía indujo a muchos obreros de la anarcosindicalista CNT, que habitualmente defendía el abstencionismo electoral, a apoyar al FP, aunque la CNT se negara a firmar el acuerdo, y el mismo motivo llevó a los líderes del POUM a tomar la decisión de respaldar la plataforma del FP. El Frente Popular ganó las elecciones y la mayoría en las Cortes, donde Maurín, único diputado del POUM, pronto se destacó como tribuno parlamentario de todo el movimiento revolucionario.

La victoria del FP fue seguida de sucesos dramáticos e ilustrativos. El asesinato del dirigente político conservador José Calvo Sotelo, el 12 de julio, fue el «detonante» del golpe militar derechista, el cual se inició con la publicación en Melilla de un bando del general Franco. Los oficiales de derechas de toda la península publicaron bandos propios, y colaboraron en modos diversos a la ofensiva contra la República.

Sin embargo, el golpe de Estado no encontró desprevenido al movimiento obrero. En Barcelona, los comités de defensa organizados por la anarcosindicalista CNT se lanzaron de inmediato a la lucha callejera, tan pronto como se supo que había comenzado el previsto intento de los militares para tomar la ciudad. En Madrid, la izquierda presionó al gobierno del FP en solicitud de armas. El tono épico de los acontecimientos tomó un giro caótico, que se prolongaría durante dos días, con la victoria absoluta del proletariado en Barcelona el 19 de julio.

La metrópolis catalana quedó entonces en manos de la CNT, cuya organización regional catalana estaba dominada por un grupo de «anarcobolcheviques» encuadrado en el seno de la «organización específica», la FAI. Madrid estaba bajo control de la clase obrera. Se habían logrado parcialmente los objetivos revolucionarios de anarquistas, socialistas de izquierda, poumistas, trotskistas y algunos militantes aislados del PC oficial. Los trabajadores eran dueños de las calles en media España.

La resistencia revolucionaria al golpe militar se había logrado gracias a la acción individual y colectiva de la masa trabajadora, pero se había hecho de modo irregular, semiespontáneo y más o menos desorganizado. Los trabajadores no esperaron las consignas de sus partidos y sindicatos. El movimiento de izquierdas creó innumerables comités y organismos similares para facilitar la lucha, pero la iniciativa en aquellos grupos venía de abajo a arriba; su existencia y su línea de acción no dependían de los dirigentes «reconocidos» de la izquierda.

En Barcelona -centro de la industria española y lugar histórico de concentración del movimiento obrero- la CNT y el POUM, que controlaban entonces la ciudad, se vieron ante la alternativa de o bien establecer su propio régimen, o colaborar con la burguesía izquierda catalanista (la Esquerra), dirigida por el presidente Lluís Companys, en el gobierno autónomo de la Generalitat. La tendencia inicial pareció ser la de mantenerse al margen del gobierno autónomo de la Generalitat. La CNT y el POUM gobernaron directamente mediante sus patrullas callejeras armadas. A medida que la lucha contra el fascismo se iba convirtiendo en una guerra regular, los grupos de izquierda -incluidos la CNT y el POUM-reorganizaron sus milicias y las enviaron al frente de Aragón. Se creó un Comité Central de la Milicia con representantes de las izquierdas; en él predominaban la CNT al lado del POUM, de los representantes de los campesinos radicales (la Unió de Rabassaires), y del grupo «moscovita» catalán, relativamente nuevo, Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), compuesto por la organización regional del PC, junto a la minúscula sección catalana del PSOE y algunas organizaciones pequeñas de izquierda nacionalista. La Esquerra estaba representada en el organismo rector de las milicias, aunque su aceptación entre las «masas revolucionarias» era desigual. El Comité Central de la Milicia, actuando conjuntamente con otros «comités de gobierno» surgidos en muchos otros puntos, podría haber sustituido a la Generalitat como poder oficial de gobierno en Catalunya si la CNT no hubiera rechazado la idea, en aparente fidelidad a su antiestatismo anarquista, de un régimen político revolucionario. Se había abierto una fase clara de «dualidad de poderes», con una Generalitat debilitada junto al Comité Central de la Milicia.

El ambiente que se respiraba en Barcelona durante el período revolucionario quedó immortalizado para los lectores de lengua inglesa en la obra de George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, aunque Orwell llegó a Barcelona unos meses después de julio, en un momento en que el poder de los trabajadores estaba ya declinando. Aún así, Orwell describe de forma convincente en su libro -quizá la obra política más importante del siglo en inglés y, sin duda, un documento básico e insustituible para los estudiosos de la guerra civil española- las esperanzas revolucionarias que agitaron a la clase obrera de la capital catalana, exaltada como se encontraba no sólo por las enormes proporciones del conflicto nacional que se había ido gestando en España a lo largo de los setenta años anteriores, sino también por los profundos recursos de entusiasmo, idealismo y valor de que hicieron gala los anarquistas y, en menor medida, del POUM.

En medio de este torbellino, el POUM se convirtió en un principio en uno de

los partidos victoriosos, al elevarse rápidamente el número de sus afiliados hasta 40.000. Los trotskistas «oficiales», como Munis, que se habían mantenido fuera del heterodoxo POUM, tuvieron muy poca o ninguna incidencia pública, mientras que los trotskistas extranjeros que vinieron a España se afiliaron al POUM. Posteriormente, Munis afirmaría que la Sección Bolchevique Leninista de España, por IV Internacional (SBL), de la que era líder, no se organizó hasta noviembre de 1936.

Mientras que el POUM trabajaba activamente en favor de las milicias, de la construcción de un «orden revolucionario» y del desarrollo complementario de una política de gobierno para Cataluña, un hecho trágico vino a influir decisivamente en el carácter del partido. Maurín, verdadero líder del partido, había sido sorprendido por el golpe militar en Galicia, que fue rápidamente tomada por las derechas. Después de viajar clandestinamente hasta Aragón, a través de la zona ocupada por los fascistas, en un intento de alcanzar la frontera francesa, Maurín fue detenido y hecho prisionero. De no haber podido ocultar su identidad durante algún tiempo, Maurín habría sido probablemente ejecutado por las fuerzas franquistas. Sea como fuere, sus partidarios de zona roja, al no recibir noticias suyas, le creyeron muerto durante varios meses. Nin, la otra personalidad destacada del POUM, se convirtió entonces en jefe del partido.

En los meses que siguieron al 19 de julio, quedó establecido un cierto tipo de orden en la zona republicana, pero era, cada vez más, un orden burgués que, desde los primeros días, contrastaba con las aspiraciones socialistas de los trabajadores. Estos no habían luchado y muerto durante el mes de julio para apoyar un gobierno de republicanos burgueses; las masas Genetistas estaban especialmente inquietas. En Cataluña, en cambio, el pro-soviético PSUC se había convertido en el «partido de orden» y en defensor de los valores de las clases medias de la Barcelona revolucionaria, en primer lugar, y en consonancia con su dependencia soviética, frente a los «trotskistas» del POUM, pero más intensamente frente a la CNT.

El mes de septiembre presenció un acusado avance hacia el restablecimiento del régimen político anterior a julio, una acción de «normalización» que Víctor Alba comparó posteriormente a las «normalizaciones» soviéticas de la Europa del Este. El presidente Companys invitó a las organizaciones integradas en el Comité Central de la Milicia a constituir la Administración de la Generalitat. El POUM se mostró de acuerdo con la propuesta, siguiendo el ejemplo de la dirección de la CNT. Nin entró a formar parte del Gobierno de la Generalitat como *Conseller* de Justicia, actuando en estrecha colaboración con Josep Tarradellas, que era el segundo del Presidente Companys y un destacado líder de la Esquerra. Como único *Conseller del* POUM en el Gobierno, Nin compartió las responsabilidades de éste junto a tres miembros de la Esquerra, tres de la CNT, uno del PSUC (Joan Camerera, muy conocido en Cataluña, en primer lugar por su colaboración con Companys y, después, como testaferro de Moscú), uno de la UGT -que en Cataluña estaba bajo control del PSUC- y uno de la Unió de Rabassaires. Víctor Alba sostiene que Nin tomó la decisión de entrar en el Gobierno de la Generalitat, y la de firmar la declaración de prensa del nuevo Gobierno, sin consul-

tar al resto de sus camaradas del POUM.

Como *Conseller de* Justicia, Nin realizó una serie de reformas judiciales, especialmente en relación al divorcio y a la regularización de los tribunales revolucionarios que, después de julio, habían servido para que las airadas fuerzas de la izquierda desahogaran su odio contra la derecha. Pero Nin, mientras ocupaba el cargo, también tomó una iniciativa que Maurín y otros miembros del POUM criticarían posteriormente como un error fatal: Nin convenció el Comité Ejecutivo del POUM de que debían buscar asilo político para Trotsky en Cataluña y, finalmente, acabó planteando la cuestión en una reunión del Consejo de la Generalitat, en diciembre de 1936. La idea de reincorporarse a la primera línea del combate revolucionario parece haber encantado a Trotsky, que respondió a aquella sugerencia de forma entusiasta, llegando incluso a proponer la reconciliación del trotskismo «oficial» con el POUM en pro de la lucha común. Pero aquello no pasó de ser una idea.

Evidentemente, las noticias sobre las gestiones de Nin en favor de Trotsky debieron poner muy nervioso al personal político y diplomático soviético, venido a España, tras la decisión de Stalin de agosto de 1936, en teoría, para ayudar a la defensa de los trabajadores españoles. Con el tiempo, Camorera y el PSUC provocarían una crisis en la Generalitat al exigir la expulsión del POUM; durante algún tiempo, Vladimir Antonov-Ovseyenko -responsable del grupo de rusos destacado en Barcelona- había presionado a la CNT para que se uniera a una campaña anti-POUM. El propio Antonov-Ovseyenko había sido militante trotskista en Rusia y conocía a Nin; pero cuando el diplomático ruso encontró a Nin desempeñando funciones oficiales en Barcelona -era traductor de ruso- Antonov-Ovseyenko simuló no conocerle en absoluto y no tener ningún interés en él.

En su trato con Nin, los rusos parecen haber adoptado un tipo de actitud muy especial -incluso se la podría calificar de dostoyevskiana-, olvidando completamente que Nin era un personaje político y literario destacado de la vida catalana. Interesados sólo en el hecho de que, como funcionario de la Internacional Sindical Roja o Profintern -dirigida desde Moscú-, Nin había sido «uno de los suyos», militante del Partido Comunista ruso y funcionario del Gobierno, casado con una mujer rusa, los rusos parecían estar animados, además de por su hostilidad hacia los trotskistas, por el deseo de demostrar que, una vez que un hombre estaba bajo su poder, no se podía rescindir el contrato. Utilizando tanto las fuentes diplomáticas rusas como al PSUC, el bombardeo propagandístico contra el POUM se incrementó en volumen y extensión, así como en la violencia y la falsedad de sus acusaciones. Se estaban llevando a cabo entonces los procesos de Moscú, y parecía existir la posibilidad de aplicar métodos similares a los problemas que pudieran obstaculizar el control ruso de la España de izquierdas.

Mientras el POUM empezaba a sentir que Stalin cerraba el cerco en torno a él, el minúsculo grupo de trotskistas ortodoxos dirigidos por Munis había conseguido nuevos afiliados, tanto entre los españoles como entre los voluntarios

internacionales antifranquistas. Una adhesión muy destacada a aquel grupo fue la del poeta surrealista francés Benjamín Péret, un simpatizante trotskista que había actuado anteriormente como enlace entre los trotskistas y el POUM. Péret trabajó a las órdenes de Jean Rous, un trotskista parisino «abonado» a viajar a Barcelona en representación del movimiento de la Cuarta Internacional. Los problemas de la SBL de Munis, que se mantuvo firmemente fuera del Gobierno, eran claramente diferentes a los del POUM. Para la SBL, la simple creación de un periódico era un importante drenaje de sus recursos; durante algunos de los meses cruciales, aquel grupo no pudo publicar más que un Boletín mimeo-gra fiado.

En el invierno de 1936-37 era ya evidente que la fase revolucionaria de la guerra civil había comenzado su curva descendente. El intento de Nin de procurar asilo a Trotsky fue como el canto del cisne del líder catalán: el 13 de diciembre el POUM fue expulsado finalmente de la Generalitat, y Nin sustituido al frente de la Consejería de Justicia por un militante del PSUC, Rafael Vidie-lla. Además del POUM, incluso el poder de la CNT -por no hablar de la autonomía de la masa trabajadora- había quedado limitado de modo efectivo por una serie de medidas, que comenzaron con la fusión del Comité Central de la Milicia y la Generalitat, y que se centraron en un ataque del Gobierno del FP a la autoridad de los «comités de gobierno» y de similares instituciones revolucionarias. Desde la posición de extrema debilidad que tenía inmediatamente después de julio, la Esquerra, con el apoyo del PSUC, había recuperado su poder poco a poco; pero la CNT todavía representaba una amenaza importante a la concepción catalanista/estalinista de orden.

La primavera de 1937 se caracterizó por un recrudecimiento de la tensión en Barcelona, siendo cada vez más inevitable el conflicto entre la Esquerra y el PSUC, de un lado, y la CNT y el POUM, de otro. Tal y como Orwell lo describiera magistralmente, la polarización entre los dos campos ocultaba un conflicto de clases más profundo. Durante ese periodo, la Esquerra y el PSUC trataron de apaciguar a la pequeña burguesía catalana, mientras que la especulación provocada por esa misma clase -pequeños comerciantes y cuadros bajos de la burocracia gubernamental- había agravado la escasez de alimentos y de otros artículos de primera necesidad. Parafraseando a Orwell, el declinar del poder del proletariado había restaurado una situación económica en que había hombres gordos que se atiborraban de manjares exquisitos en restaurantes caros, mientras que los niños mendigaban por las calles. Aún más, la clase trabajadora de la gran ciudad catalana estaba extremadamente recelosa del fortalecimiento de sus enemigos tradicionales -las diversas fuerzas de policía- a expensas de las patrullas de control de los trabajadores, surgidas tras el 18 de julio.

Otro motivo del creciente descontento proletario era el plan del FP para sustituir las milicias por un «Ejército Popular», y para restablecer las estructuras normales de gobierno municipal y otras instituciones gubernamentales, en lugar de los comités de trabajadores. A una escala más limitada, las torpes manipulaciones de los representantes rusos en España, en primer lugar respecto al

armamento -armamento que los rusos habían prometido a los españoles, pero que entregaron sobre la base de numerosas condiciones vejatorias-, pero también en relación a los abusos policiales cometidos por agentes rusos y del Partido Comunista, contribuyeron al malestar de los dirigentes de la CNT.

Durante los primeros cuatro meses de 1937, y mientras sus milicias sostenían un heroico combate en el frente de Aragón, el POUM, sumido en dificultades, pugnaba por encontrar una salida a su situación; pero no encontraría ninguna. El 4 de marzo, *La Batalla*, diario de este partido en Barcelona, publicó un texto de Nin en el que éste recibía con entusiasmo un editorial del periódico de la CNT de Barcelona, *La Noche*, que hacía un llamamiento a la resistencia frente al curso contrarrevolucionario de los acontecimientos. Era probable que Nin desconociera que Jaime Balius, director de *La Noche* y autor del llamamiento, había tomado la iniciativa de organizar, en el seno de la CNT-FAI, una agrupación conocida como Amigos de Durruti, denominada así por la reciente muerte del héroe «anarco-bolchevique» Buenaventura Durruti, y apoyada por algunos cientos de milicianos de la CNT, que habían regresado a Barcelona desde el frente de Aragón, en protesta por el programa de militarización del ejército popular.

La minúscula SBL continuaba su persistente labor de agitación centrada, al igual que las actividades del POUM, en Cataluña. Este grupo pronto se benefició de la participación de nuevos reclutamientos del extranjero, entre ellos Er-win Wolf, antiguo secretario de Trotsky, y Hans Freund (Moulin), un trotskista alemán. En abril, Munis escribía a Trotsky comunicándole que el grupo había publicado al fin el primer número de un periódico titulado *La Voz Leninista*. Anteriormente, la propaganda de la SBL se había limitado a un boletín mimeo-grafiado, a octavillas y a artículos ocasionales en francés en *La Lutte Ouvrière*, un semanario trotskista editado en París. Las actividades del grupo estaban dirigidas fundamentalmente hacia las bases del POUM, al que estaban afiliados algunos miembros de la SBL. La estrategia de la SBL, que exigía la ruptura con la Generalitat y la formación de un Frente Revolucionario CNT-POUM que se opusiera al Frente Popular, probablemente habría encontrado mayor apoyo entre los militantes de la CNT: las milicias Genetistas ya habían acogido a algunos trotskistas -como fue el caso de Benjamín Péret- bajo su protección, frente a las represalias de los estalinistas y otros enemigos políticos; los trabajadores de la CNT fueron, así mismo, responsables de encontrar una imprenta para *La Voz Leninista*. Pero el lenguaje de los trotskistas tenía más cosas en común con el POUM marxista que con la CNT y, además, la SBL estaba fascinada por la posibilidad de una ruptura faccional dentro del POUM, que produjera una división hacia la izquierda.

El primer número de *La Voz Leninista* apareció el 5 de abril de 1937, y en él se expresaban de forma concisa las críticas que la SBL hacía al POUM, a la CNT y, también, al FP. El periódico reflejaba también otro aspecto del trotskismo español, menos polémico a simple vista, y que compartían la ICE, la SBL y posteriores encarnaciones de este espíritu político, así como los trotskistas de

otros países. Desgraciadamente, la SBL, mientras que era elocuente a la hora de exigir democracia interna en los grupos en que era minoritaria -tales como el pro-soviético Partido Comunista o el POUM (en el que la SBL había pretendido ingresar con «derechos de facción»)- no supo ofrecer los beneficios de la democracia a los disidentes de su propio círculo. Así, el nuevo periódico informó a sus lectores de la expulsión del grupo de «F», el italiano Nicola de Bartolo-meo (Fosco). Fosco había sido activista del POUM en Barcelona, a la vez que mantenía su lealtad al trotskismo. Pero Fosco y un pequeño grupo de seguidores tuvieron la desgracia de identificarse con una facción minoritaria del trotskismo internacional, dirigida por Raymond Molinier y Pierre Frank, que se oponía a la línea mayoritaria de Trotsky, más en cuanto a cuestiones de técnicas de agitación que por el programa. Aunque la SBL se distanció de Fosco en la prensa, e hizo circular graves acusaciones personales contra él por todas partes, parece ser que el núcleo central del movimiento trotskista, ubicado en París, minimizó las diferencias y trabajó en favor de la reconciliación entre Fosco y la SBL. El grupo de Fosco publicó un periódico mimeografiado con el nombre francés de *Le Soviet*, el cual languideció en una oscuridad aún más extrema que la que había sufrido el órgano de la SBL. Cabe observar que otros grupos disidentes de este tipo, como la *U.S. Revolutionary Worker's League* (Liga de Trabajadores Revolucionarios de Estados Unidos) también estuvieron representados en España a través de los voluntarios internacionales.

Pero la SBL y sus rivales en la polémica, incluido el POUM, estaban de acuerdo en una cuestión: el conflicto subterráneo entre las fuerzas de orden y las de la revolución estaba a punto de estallar. El 1 de mayo de 1937 se desarrolló en Barcelona sin las manifestaciones y otros actos conmemorativos celebrados en otros puntos. Los incidentes terroristas, entre ellos el asesinato de militantes destacados tanto de la CNT como de la UGT, dominada por el PSUC, habían creado una atmósfera en la que la lucha faccional en las calles se consideraba casi inevitable, tan pronto como uno u otro lado reunían un número suficiente de partidarios.

El 3 de mayo comenzó la tan temida lucha. En un acto de provocación deliberado, ideado por agentes soviéticos, el comisario de policía de Barcelona, Eu-sebi Rodríguez Salas -antiguo militante tanto de la CNT como del BOC de Maurín y, en ese momento, acólito del PSUC- se dirigió, al frente de un grupo de la policía, a la Telefónica, un enorme edificio situado en la Plaza de Cataluña, la plaza más importante de la ciudad. La Telefónica había sido tomada, durante los combates de julio, a costa de muchas vidas de milicianos Genetistas; antes de la guerra civil había sido un bastión del sindicalismo anarquista, y escenario de huelgas épicas: más que ningún otro lugar de Barcelona, simbolizaba la voluntad de combatir de la CNT. Rodríguez Salas y el grupo de policía intentaron desarmar a los guardias Genetistas del edificio, y establecer control sobre la red telefónica en nombre de la Generalitat, desplazando al comité de trabajadores anarcosindicalistas que se ocupaba del funcionamiento de la red. El tiroteo comenzó y se propagó por toda la ciudad. Una huelga general se exten-

dio por toda Barcelona, al abandonar los obreros sus puestos de trabajo y congregarse en las sedes de la CJNT y el POUM, armándose y levantando barricadas.

Los «sucesos de mayo» de Barcelona -un episodio clave de la historia de la guerra civil española- brindaron al POUM una ocasión excelente, pero no supo aprovecharla. Sin embargo, la SBL, a pesar de sus escasos afiliados, consiguió obtener algún beneficio de aquella lucha. Los trabajadores en armas habían logrado una victoria relativamente rápida en toda la ciudad cuando, para asombro de los centenares de militantes de la CNT que se encontraban en las barricadas, los ministros anarcosindicalistas del gobierno burgués, y entre ellos Joan García Oliver, antiguo camarada «anarco-bolchevique» de Durruti, hicieron un llamamiento por radio a los trabajadores instándoles a dismantelar las barricadas y unirse en un «abrazo fraternal» con la policía, el PSUC y la Generalitat. El POUM, en la persona de Nin y del líder de la organización juvenil del partido, Wilebaldo Solano, visitaron a los dirigentes de la CNT de Barcelona y argumentaron, sin ningún resultado, a favor de la ruptura con la burguesía y de la constitución de un régimen abiertamente revolucionario, apoyado en los trabajadores combatientes. Mientras, la SBL distribuía un panfleto en el que se exhortaba a continuar la ofensiva revolucionaria. Los Amigos de Durruti, dirigidos por Balius, habían tomado posición en las Ramblas y también distribuían panfletos apoyando la acción revolucionaria contra la alianza Generalitat-PSUC, y alabando al POUM por apoyar la iniciativa insurreccional. El panfleto de los Amigos de Durruti fue condenado por los círculos oficiales de la CNT, pero se publicó con su consentimiento en *La Batalla*. La imprenta del diario del POUM había sido clausurada, pero el partido se había hecho con otra entre las callejuelas de los suburbios de Barcelona, y consiguió sacar el periódico a la calle.

La lucha en las calles de Barcelona duró algunos días, pero fracasó, inevitablemente, debido al boicot de los dirigentes de la CNT y a la falta de alimentos para los combatientes de las barricadas. Con la conclusión del movimiento de mayo finalizó sin ninguna duda la fase revolucionaria proletaria de la guerra civil española. Aunque las milicias de la CNT siguieron siendo una fuerza relativamente independiente durante el resto de la guerra, el movimiento anarcosindicalista nunca recobró su ímpetu revolucionario. A pesar de que algunos de sus militantes se resistieran aún al establecimiento de un Estado policial «socialista», según el modelo ruso -Estado que el periodista del POUM Julián Gómez, alias Gorkin, describió posteriormente como el «primer experimento en democracia popular», tal y como iba a ser puesto en práctica en la Europa del Este, el Extremo Oriente, Cuba y Afganistán-, la oposición antistalinista se mantuvo débil, por muy extendidos que estuvieran sus planteamientos.

Aún más, después del movimiento de mayo, el POUM se encontraba en gran peligro. Como ya predijeran Orwell y otros observadores, el POUM iba a ser acusado por la prensa prosoviética internacional de «instigador de los hechos, aunque la lucha se produjese, claramente, a causa de una provocación po-

licial del PSUC. Además, el POUM no había intentado llevar adelante el en-frentamiento, aunque buscó la alianza con la CNT durante los acontecimientos. Pero la caza de brujas emprendida contra el POUM no encontró mejores argumentos para justificarse que los que se estaban esgrimiendo en los procesos que, simultáneamente, se realizaban en Moscú. Básicamente, el PSUC y sus aliados utilizaron las armas de la fuerza, no del debate. Pronto, *La Batalla* fue clausurada; después, el partido fue oficialmente prohibido y detenido su Comité Ejecutivo. Nin, separado del resto de los dirigentes, fue transportado a una checa estalinista y, al cabo de pocos días, desapareció del todo. Su destino exacto es, todavía hoy, desconocido, aunque se ha afirmado que fue asesinado por un número de la Guardia de Asalto, Valentín de Pedro, amante de la diputada socialista pro-soviética Margarita Nelken. También desaparecieron otras personas, como Kurt Landau y los trotskistas Wolf y Moulin.

El asesinato de Nin sigue obsesionando a la izquierda española y a su historiografía. Recientemente, un escritor anarquista anónimo describió elocuentemente este aspecto de la guerra civil en términos crudos, advirtiendo contra una mayor destrucción de la singular cultura política española, debido a la contienda entre «los asesinos de Federico García Lorca y los de Andreu Nin».

S.S.*

* Institute of Contemporary Studies (San Francisco).

Stephen Schwartz es director de la revista *Journal of Contemporary Studies*, que se edita en San Francisco. Ha contribuido con trabajos a *Cahiers León Trotsky* (Grenoble), *Orto* (anteriormente *Ítalo*, v. Barcelona), y *Commentary* (Nueva York). Es autor, conjuntamente con Víctor Alba, de una historia revisada y ampliada del POUM, la primera en lengua inglesa, que publicará la *Rutgers University Press Transaction Books* en 1987.